



Ibáñez-Martín, José Antonio (2017). *Horizontes para los educadores. Las profesiones educativas y la promoción de la plenitud humana*. Madrid. Dykinson. 280 págs., 24.70 euros (paperback). ISBN 978-84-9148-163-8

Este libro es una obra de madurez y diría legado de un autor prolífico, maestro de docentes e investigadores universitarios, donde propone con total claridad y sereno desarrollo intelectual, horizontes ambiciosos para los educadores, con margen para una profunda discusión sobre las propuestas. Con amplia liberalidad, ofrece luces para quienes ejercemos las profesiones educativas, en la búsqueda de la promoción humana.

Salen a la luz a lo largo de estas páginas, de modo recurrente, temas que han sido claves y constantes a lo largo de su carrera académica docente e investigadora: la misión de los educadores, la dimensión ética de la profesión, el giro ético en la sociedad tecnológica, la dimensión intelectual y moral de la enseñanza en el plural contexto actual, el papel de la universidad, la educación como tarea.

Es significativo ya el título de la introducción: “educar para vivir con dignidad”. Los derechos humanos, la dignidad humana y la convivencia pacífica sin renunciar a la búsqueda de la verdad han sido cuestiones que le han apasionado durante toda su carrera profesional.

Este libro está claramente dirigido a los educadores en sus más variados niveles y situaciones, aunque sin duda serán quienes ejercen directamente la práctica docente en diversas situaciones, quienes quizá obtendrán más beneficio intelectual y personal. Hace una llamada a su reflexión y acción. Es dudoso que un lector atento, interesado, pueda permanecer pasivo o quedarse indiferente con esta lectura.

Discorre el texto en cuatro secciones que se conexionan adecuadamente entre sí: el marco básico del quehacer educativo, los fanales para la tarea educativa, las metas de una universidad educadora y los compañeros de un educador.

Llama la atención el abundante aparato crítico que aporta el autor. Son más de 400 notas a pie de página, lo cual supone un bagaje cultural y científico muy notable y permitirían ahondar en algunos de los temas con amplitud y disfrute. Por poner un caso concreto que ha despertado especialmente mi interés: el giro ético que se ha operado en la actividad educativa, tratado en el capítulo 2, desde los primeros

planteamientos en España, con un marco internacional valioso, para concluir con el compromiso del profesor educador como mentor.

Este capítulo resulta de especial clarividencia. Del mismo modo son sugerentes –por destacar algunos– el capítulo 1, “¿Llenar el vaso o encender el fuego?”, el 5 en torno al reto de la globalización y cómo afrontarlo desde la educación, el capítulo 6 sobre la educación de la inteligencia en los ámbitos de la libertad intelectual, y toda la tercera parte que aborda las metas de una universidad educadora. Todos estos temas han sido en cierto modo novedosos y son característicos en este autor, así como una aportación al panorama nacional anclado siempre en el discurso internacional más actual.

Es difícil sintetizar en pocas frases el rico contenido de este libro de casi 300 páginas. Un aspecto que resulta interesante es su valentía al tratar los diversos temas, sin temor a abordar cuestiones controvertidas, a veces no políticamente correctas. Nos da su opinión y expone con un fino análisis los argumentos en contra que están en boga o las controversias de algunos de esos casos. No deja de ser significativo en este sentido, los discípulos que ha tenido, entre los que podemos encontrar diversidad de escuelas de pensamiento en la actualidad.

Es éste un libro de aproximación optimista. Aunque en ocasiones al partir de hechos acaecidos en la patética realidad, parece va a derrotar en pesimismo, hay siempre un viraje en algún momento del razonamiento, para abrir una puerta a la esperanza, que parece dar alas a la escritura del texto.

La segunda parte del libro donde trata sobre los “fanales” para la tarea educativa será un apartado en el que los amantes de la política educativa podrán disfrutar especialmente, con cuestiones tales como la ciudadanía ante la política fáustica, la mentalidad estatista que marca pactos educativos, las formas de la enseñanza escolar de la religión en una sociedad libre, o la ética y la deontología docente en la sociedad de la comunicación.

Al abordar las metas de una universidad educadora, da rienda suelta a una reflexión sustanciosa sobre la formación y el estilo universitario. Nos habla del profesor de universidad aficionado y del experto, y de la transición de uno a otra, tanto en el aspecto docente como en su competencia investigadora. Enlazando con los intereses sociales de fondo que muestra, trata sobre la específica contribución de la universidad al logro de la paz y la concordia social. Cierra ese apartado un capítulo sobre la universidad como palabra y pensamiento crítico en la ciudad.

Es la cuarta y última sección donde nos ofrece con agradecimiento y amistad unas palabras sobre tres de sus compañeros de viaje en la vida profesional: su maestro, su colega y amigo, y su primer discípulo. Resulta un cierre original, autobiográfico, especialmente amable para concluir esta lectura, donde las sugerencias para la mejora de la práctica se apoyan en reflexiones intelectuales y argumentos vitales

en el logro de la plenitud humana, del educador y de los educandos, uno a uno. La promoción de esta plenitud incluye en su enfoque varias cuestiones básicas, que son lugares comunes en la reflexión filosófica en torno a la educación y que mantienen su frescura e interés: a) el papel central de la libertad, requerimiento básico; b) la dimensión práctica de la educación; y c) la consideración de los distintos caminos por los que discurre el conocimiento, incluyendo la dimensión estética.

No duda en situar al lector frente a las más crudas problemáticas que los educadores encuentran hoy en la escuela y en la sociedad, ayudándole a pensar sobre ellas y tratar de situarse en ellas, afrontándolas, no evitándolas. Así sugiere –basado también en literatura científica reciente– varias vías por las que discurrir. Entre ellas podríamos destacar: promover la interculturalidad en la línea de un nuevo cosmopolitismo; promover una cultura de calidad y trabajo bien hecho en la educación; cultivar los elementos más valiosos de la propia identidad sin encerrarse en ellos; promover el pensamiento crítico; fomentar la solidaridad, la responsabilidad y la compasión en el marco de una nueva sensibilidad que marca el giro ético dado en el horizonte educativo en los últimos años.

Concepción Naval Durán
Universidad de Navarra, España

